SATANÁS *(invisible)*

¡Ingrato!

JOB

Tú, no, jamás, jamás, ángel sombrío!

(Postrándose)

¡Señor, Señor, tu voluntad acato!
¡ten compasión de mí! ¡PIEDAD, DIOS MÍO!

HÉRCULES

BAJO límpido cielo
el sol su rayo desplomaba ardiente;
vagaba el ave en perezoso vuelo,
y se alzaba del suelo,
cual luminoso tul, vaho caliente.

Altaneros los dos, él sólo armado
con tosca y gruesa clava,
y lamiéndose el belfo el león hirsuto,
se apercibieron á la lucha brava,
erguido el hombre y replegado el bruto.

Se miraron, brillaban de la fiera,
con fulgores de hoguera,

los torvos ojos en que la ira ardía;
de las abiertas fauces le manaba
turbia y espesa baba,
y con el fuerte rabo el viento hendía.

Al fin uno contra otro se lanzaron,
y en abrazo mortal los dos opresos,
cayeron sobre el césped y rodaron,
y con crujir siniestro rechinaron
del titán y el león, los duros huesos.

Y dominó el titán; fuerte y altivo,
á su adversario aun vivo
rápido desolló, y alta la frente,
cumplido ya su vengador deseo,
se alejó de aquel sitio lentamente
arrastrando la piel del león Nemeo.

. . . . . .

«TULIA»

I

DESCEÑIDA la túnica flotante,
sobre la nuca recogido el pelo,
el ademán resuelto y arrogante
del que desdeña al mundo y reta al cielo;
la encorvada nariz al aire abierta,
rayos lanzando los obscuros ojos,
de tenue espuma nítida cubierta
la comisura de los labios rojos,
de pie en dorado carro que violentos
llevan potros que mal el freno doma,
Tulia, entre maldiciones y lamentos,
las calles cruza de la antigua Roma.

II

Con la toga viril ensangrentada,
Servio Tulio, gimiendo en su agonía,
roto el cráneo, sin luz en la mirada,
yace tendido en medio de la vía.
Ante él se eleva el Capitolio augusto,
y en lo alto de las gradas, imponente,
Tarquino, el matador, torvo y adusto
saluda audaz á la romana gente...

III

Se oye á lo lejos retumbar sonora
cadencia igual de galopar bizarro,
y entre nubes de polvo que el sol dora,
veloz, de Tulia rueda el regio carro.
¡Y llega al fin, y cuando el triunfo advierte,
de su ambición maldita en el exceso,
arrolla de su padre el cuerpo inerte
y en la faz de Tarquino imprime un beso!

«AGRIPINA»

ESTANCADA para siempre
la ardiente sangre en las venas,
está inmóvil Agripina
sobre una piel de pantera.
Nada perturba el silencio
de la augusta estancia regia,
que tenue y triste ilumina
débil luz que parpadea.

Á su fulgor, sobre el fondo
de la piel dorada y negra,
vigorosa se destaca,
la desnudez de la muerta.
Son los senos como nieve

de alta cima, que refleja
cuando el sol brilla en levante,
rayos de luces bermejas;
el blanco vientre divide,
en gruesos labios abierta,
honda herida, rojo surco
de ancha espada en fuerte diestra;
cárdena cinta de sangre
resbala por la cadera
que irreprochable se comba
en curva de lira griega,
y á trechos, en aquel cuerpo
más pálido que la cera,
se ven, cual jaspes de mármol,
livideces cadavéricas.

Se abrió en dos el cortinaje
de púrpura de la puerta,
y asomó por el sombrío
hueco, sombría cabeza.
Bañó la luz moribunda
roja barba corta y recia,
amplia frente, y también roja
ensortijada melena...
¡Nerón!... Las torvas pupilas
enclavó en su madre muerta,

y se hincharon sus narices,
y se fruncieron sus cejas.
Largo tiempo admiró mudo
aquellas formas espléndidas;
y con los labios crispados,
con la mirada siniestra
por el deseo turbada
y de vil lascivia llena,
murmuró, tras sí cubriendo
con la cortina la puerta:
«¡Imbécil! ¡Tarde lo supe!
¡muy tarde!... ¡Qué hermosa era!...»

FESTÍN DE AMORES

ESTALLÓ la tormenta,
surcó la faz del firmamento el rayo;
y destruyó la tempestad violenta
la exuberante floración de mayo.

Destrozó los trigales
el aquilón bravío,
y árboles, chozas, hombres y animales
arrastró desbordado el turbio río.

Cuando pasó la tempestad, de todo
lo que fué en otros tiempos lozanía
nada más quedó lodo.
En el desierto campo se veían
aquí y allá cadáveres hinchados,

sucios y destrozados,
y el viento, al descender de las montañas,
á su perfume agreste
confundía la peste
de podridas entrañas.

Abrazados los dos, boca con boca,
entre las asperezas de una roca
estaban dos cadáveres; él mozo;
ella gentil; abiertos
de par en par los párpados, dijera
el que á mirarlos fuera,
que se estaban mirando aquellos muertos.

Con silencioso paso,
como el que va á matar, como el que roba,
de un vecino breñal al campo raso
salió callada carnicera loba.
Avanzó lentamente,
al viento la nariz, el ojo alerta,
y cruzó de un extremo al otro extremo
la llanura desierta.

Llegó junto á la roca, unos instantes
olfateó con fruición los corrompidos
cuerpos de los amantes,

y el eco retumbó con sus aullidos.
Otro más ronco se escuchó cercano:
ya el lobo en pos de su hembra,
con ligero trotar, cruzaba el llano...

Nada turbó el festín. Sólo se oía,
mezclado á ese rumor de dulces besos
que finge el aura al declinar el día,
áspero ruido de crujir de huesos.

Y cuando al fin brillaron en la altura
las estrellas con tímidos fulgores,
las fieras, sin volver á la espesura,
convirtieron la roca árida y dura
en tálamo nupcial de sus amores.

HAMBRE

La hierba aquí y allá, sin lozanía,
se ostentaba en manchones amarillos;
y al árbol que el ventisco estremecía,
torpe el reptil subía
enredando en el tronco sus anillos.

Sobre la enhiesta roca
que al cielo casi toca
con su pardo crestón, blancas y puras
las nieves del invierno remedaban
caprichosas figuras.

Ni un rengífero allí, ni una pantera;
el hombre primitivo

era la única fiera
que habitaba aquel llano.
Torvo, esquivo,
salió, al brillar el sol, de su guarida...
¡En la hembra sin fuerzas de aquel macho
se agotaba la vida!

Expiraba de hambre... El frío crudo,
dulce el fuego solar, la nieve mucha...
¡En vano el troglodita el sílex rudo
altanero empuñó, matar no pudo;
ninguna fiera se aprestó á la lucha!

. . . . . .

Ella y él reclinados en el hueco
de su árida caverna,
permanecieron mudos, en eterna
noche de horror hundidos,
hasta que una ocasión retumbó el eco
con ayes de dolor que eran rugidos!...

. . . . . .

Deprimida la frente,
enorme el arco de la ceja hirsuta,
la mirada valiente,
fatídico, imponente,
se detuvo en la boca de su gruta.

Recorrió la extensión con la mirada,
en vano... no vió nada...
¡nada mientras la hembra se moría!
La mano que esgrimía
el sílex, dirigió contra su seno,
y bestial y sereno,
hundiendo entre los bordes de la herida
las poderosas manos como garras,
se deslizó otra vez en su guarida.

Buscó apoyo en la roca, y vacilante,
doblada la cerviz, el ojo fijo,
un trozo de su carne palpitante
tendiendo á la mujer: «¡Come!» le dijo.

A la memoria de la

Srta. CAMERINA PAVÓN

Al Sr. Lic. D. José M.ª Pavón

¡Ay! es preciso que todo
pase al fin, ¡todo perece!
así se secan los ríos,
las aves así enmudecen,
así entre nubes de púrpura
al negro ocaso desciende,
el sol que entre nubes blancas
se alzó orgulloso en oriente.

¡Fuerza es que todo sucumba!
¡Feliz, Señor, el que muere
sin ver marchitos los campos

donde la dicha florece!
No suspires por su ausencia,
no llores porque la muerte
haya cerrado sus ojos,
haya besado su frente;

que así no perdió ilusiones
que sólo una vez se pierden,
ni espinas del desencanto
se enclavaron en sus sienes.
Pasó como pasa el aura
cuando la tarde fenece,
doblando tallos de flores
y perfumando el ambiente.

Bien está donde se encuentra,
bien está bajo del césped
que esmaltan las mariposas
y que el viento apenas mueve.
Déjala allí que repose
sin temor de que despierte;
¡que más que el laurel, arrullan
las hojas de los cipreses!

Piensa que feliz ha sido
al partir cantando alegre,

como van las golondrinas
cuando el tiempo triste viene,
y que mejor es que el alma
sin dolor su cárcel deje,
que soñar como tú sueñas
con dormir como ella duerme.

CAMERINA

Mecida por la brisa blandamente,
á la mansión volvió de los arcanos
envuelta en un celaje de occidente,
con un astro de luz sobre la frente,
con una lira de oro entre las manos.

¡Princesa inmaterial de un cuento de hadas,
ilusión de un ensueño de venturas,
mística soñadora de baladas,
desplegando las alas nacaradas
buscó su alcázar regio en las alturas!

Llena de amor, de gracia y gentileza,
la vió el día nacer: llegó la noche,
nimbó un rayo de luna su cabeza,

y el Dios de la nostálgica tristeza
cerró sus ojos con eterno broche.

Brilló como una llama de consuelo
que alumbra, da calor y se consume:
¡no podía vivir en este suelo;
amada de las auras, flor del cielo,
las auras se llevaron su perfume!

Y viene sin embargo: yo la veo
entre destellos de celeste luz,
vaga como un hermoso devaneo,
ayudar, cual Simón al Galileo,
á un pobre anciano á sostener su cruz.

Y van así rindiendo su jornada,
uno del otro caminando en pos;
él con el alma de sufrir cansada,
ella llena de fe, dulce, abnegada,
tendido el brazo y señalando á Dios.